Una biblioteca en Tetuán[1]: espacio para aprender la lengua española, la cultura hispanoamericana y muchas cosas más…

Inmaculada Sáez de Cámara
Instituto Cervantes de Tetuán

INTRODUCCIÓN

Los servicios que presta una biblioteca pueden variar, y deben hacerlo atendiendo a los contextos circundantes[2]. De su capacidad de «reinvención»[3] dependerá su éxito, y por extensión, el de la institución que la ampara.

La biblioteca nos hace pensar en libros y en lectura, pero algunos silencios resultan locuaces. Para saber si leemos o no, si frecuentamos o no una biblioteca, por qué razón lo hacemos y qué necesidades nos satisface, no es suficiente la explotación de datos estadísticos, ya que no explican adecuadamente ciertas dinámicas.

Creemos que el papel y la responsabilidad del personal que atiende al público en una biblioteca son esenciales. No siempre las demandas del público son ni predecibles ni expresas ni tangibles. Y de la primera interacción dependen los siguientes contactos entre el público y la biblioteca: la institución y el entorno. Por evidente, quizás haya sido un aspecto obviado, minimizado u olvidado. Tanto más si, en tiempos de crisis, la valoración de las instituciones se mide solo por los recursos materiales que generan o consumen.

1. JUSTIFICACIÓN Y METODOLOGÍA

Este trabajo nace de la observación participante intensiva durante nueve meses en la Biblioteca Vicente Aleixandre del Instituto Cervantes de Tetuán[4]. Parte desde

[1] Para una aproximación al contexto, véase: *Anuario estadístico regional 2014*. Dirección Regional Tánger-Tetuán, Haut-Commissariat au Plan du Royaume du Maroc (junio de 2015).

[2] Para una aproximación al panorama bibliotecario en Marruecos, véase: Anouk Cohen, «Quels usages de la bibliothèque au Maroc». *Conserveries mémorielles* 5 (2008) (en línea) http://cm.revues.org/94; Mohamed Idsalah, «Les bibliothèques publiques au Maroc : hier et aujourd'hui». *RESI* 13 (julio 2003); y, http://www.minculture.gov.ma/fr/index.php?option=com_content&id=120%3Ala-bibliotheque-generale-et-archives-de-tetouan&Itemid=125

[3] Véase: Alonso Arévalo y Cordón García (2015).

[4] Para una aproximación institucional véase: http://tetuan.cervantes.es/es/biblioteca_espanol.htm; y, http://www.cervantes.es/bibliotecas_documentacion_espanol/red_en_cifras.htm.

la aproximación etnográfica[5], y aunque pudiera parecer un inventario anecdótico de primeras impresiones derivadas del extrañamiento, creemos que da buenas pistas para analizar la importancia de la biblioteca en el proceso de aprendizaje de la lengua española y de otras habilidades sociales en un contexto concreto; estudiar el impacto de la biblioteca en el entorno social y, por extensión, las oportunidades que ofrece al abordar demandas sociales; y reivindicar la revalorización de las funciones que de hecho cumple la biblioteca y desarrolla su personal, más allá de las estrategias corporativas.

Las citas ofrecidas proceden de informantes asiduos, cuyo discurso consideramos significativo. Su representatividad nace de la alta frecuencia, de la aproximación cualitativa y del potencial analítico. Se trata de un primer análisis exploratorio.

2. ¿QUIÉN VIENE A LA BIBLIOTECA?

El público de esta biblioteca puede dividirse en cuatro grandes grupos:

- público no marroquí (residen y trabajan en el entorno; 10% de nacionalidad española; 3% de otras nacionalidades) habituado a las bibliotecas públicas, que a veces presenta resistencias frente al pago de algunos servicios;
- estudiantes universitarios e investigadores hispanohablantes, de edad adulta. Representan un 30% de los usuarios, conocen otras bibliotecas y muestran mucho agradecimiento con los aspectos que distinguen a la institución;
- estudiantes de la lengua española de todas las edades. Representan un 56%. A menudo solo conocen esta biblioteca y no saben muy bien para qué sirve, pero aprenden rápidamente y la utilizan de forma diversa e intensiva como lugar de estudio y ocio;
- personas que aprenden español de forma autodidacta y quienes, habiéndolo aprendido hace tiempo, desean seguir en contacto con la cultura hispanoamericana. No siempre son titulares de la tarjeta de biblioteca: los datos con que contamos nacen de las conversaciones azarosas y de la alta frecuencia de sus visitas.

Los perfiles de los dos primeros grupos son conocidos: sus expectativas son casi predecibles y si no se ven satisfechas sus necesidades, lo expresan usando cauces convencionales. Los dos últimos grupos presentan características ambiguas y sus realidades son difusas, susceptibles de análisis tan solo mediante la observación participante, esto es, la observación y la conversación.

[5] Véase: Díaz de Rada (2011).

Los datos[6] que nos ofrecen con sus comentarios y dinámicas son preciosos y permiten valorar no solo cómo se aprende español fuera de las aulas, físicas o virtuales, sino por qué se aprende y para qué. Es en esa intersección donde la biblioteca se convierte en observatorio privilegiado.

A continuación, ofrecemos los resultados de este análisis, organizados en torno a tres grandes apartados.

3. «QUIERO LOS MANUALES DEL NIVEL 1»

Alude a una necesidad concreta propia del estudiante de un idioma, sea de forma reglada o autodidacta. Los resultados de la observación nos llevan a pensar en diversos aspectos: la idea de biblioteca se confunde con la idea de librería y la idea del préstamo entra en contradicción con el uso y disfrute transitorio –plazos, heterogeneidad en el uso y daños en los fondos–.

Esta realidad afecta también a los diccionarios de lenguas extranjeras, que no son prestados. Las oportunidades virtuales resuelven esta necesidad y el personal de biblioteca se convierte en alfabetizador digital.

4. «TENGO QUE PREPARAR LA MONOGRAFÍA»

Esta demanda procede del público universitario. Hemos detectado al respecto una falta de coordinación entre los departamentos universitarios que remiten a su alumnado a nuestra biblioteca y la biblioteca en sí misma. La necesaria coordinación permitiría la elección más adecuada de las nuevas adquisiciones bibliográficas y la suma de esfuerzos para optimizar la producción, la difusión y la democratización del conocimiento.

Optar por un tema de estudio de acuerdo a la disponibilidad de fondos condiciona y reproduce el desarrollo del conocimiento. Ahí reside la responsabilidad social[7] de la biblioteca y de su personal: asesoran, acompañan, promueven, derivan, inhiben…

Pero también hay quien se adentra en territorios inexplorados derrumbando prejuicios: conformando piezas clave en la construcción comunitaria del conocimiento y en la construcción de la alteridad. Nace un intercambio de papeles: el personal de la biblioteca deviene aprendiz, y para ayudar a buscar también debe aprender explorando. La transferencia del conocimiento se multiplica en todas las direcciones. Todo esto no lo cuantifican las estadísticas… Se acompaña en la

[6] El reparto por sexos en el uso de servicios que dejan reflejo en la herramienta informática institucional es de 55% de mujeres frente a 45% de hombres.

[7] Véase: González Fernández-Villavicencio (2000).

búsqueda y en el análisis de la información. Lo que quizás pueda verse como un exceso en las competencias asignadas, atañe a la responsabilidad ética y social, y afecta a la imagen institucional. Se actúa por delegación tácita de otras autoridades invirtiendo capital social y simbólico en materia de gestión de la información y convirtiendo la biblioteca en oportunidad comunitaria respecto al conocimiento y otras habilidades.

5. ESAS PETICIONES INESPERADAS…

Entramos en otro terreno más difuso, que alude a elementos afectivos y emocionales[8], y que convierte a la lengua española en cómplice de la satisfacción de demandas que sospechamos el entorno no logra integrar y ante las que la biblioteca no puede permanecer impasible. Una de las realidades es que la biblioteca termina recibiendo a personas que por carecer de recursos no pueden permitirse formación reglada. El compromiso tácito que adquiere la biblioteca apela a la ética y a la responsabilidad social. La carencia de recursos puede ser algo transitorio, pero el acercamiento a la cultura hispanoamericana que se inicia en el acogimiento de estas personas es definitivo[9]. Nos atrevemos a asegurar que los servicios que presta la biblioteca son servicios a la comunidad comparables a servicios educativos y sanitarios. El público espera comprensión y distinción más allá de las competencias de la propia institución.

Algunas de las demandas, por añadir una nota de humor, son propias de «OSOario»[10] más que de «usuario», pero se convierten en fuente de información para detectar necesidades y para la autoevaluación. Las tradicionales funciones del personal de bibliotecas –consistentes en organizar, mantener y difundir una colección de fondos bibliográficos– son insuficientes de cara a las expectativas de la ciudadanía[11].

Citemos algunas de ellas para aproximarnos a su heterogeneidad: «Quiero empezar a pintar»; «Tendrán mapas de la medina…»; «Necesito poesía erótica castellana»; «Quiero una foto de Sidi al Mandri»; «Quiero ese libro que cojo todos los días»; «No encuentro el libro azul de los moriscos»; «¿Y el libro de los ricos y los pobres?»; «Busco un apartamento para alquilar»; «*Stockholm*, está rodada allí ¿verdad?»; «Pero ¿quién paga los gastos de luz y agua?»; «Y esta semana, ¿hay algo?»; «Busco un traductor para mi novela»; «Necesito un corrector y transcriptor de manuscritos»; «¿Has visto a mi amiga?»; etc.

[8] Véase: Aguilera Giménez (2013).
[9] Véase: Pérez Ruiz de Valbuena (2013).
[10] «Dícese del usuario pesado cual oso»; véase: Ramos (2015).
[11] Véase: Carrascosa Jiménez (2011).

6. CONCLUSIONES

«La función social del bibliotecario es inmensa. (…) El papel de las grandes bibliotecas, lo mismo que el de sus bibliotecarios, consiste en abrir amplias avenidas en este bosque que, sin su intervención, se haría pronto impenetrable»[12].

El término biblioteca es reduccionista: en la biblioteca Vicente Aleixandre el público hace muchas más cosas que estudiar o leer; y su personal hace muchas más cosas que catalogar, mantener y ordenar fondos o indicar su ubicación. Esta biblioteca es un centro social de encuentro sin segregación espacial, sexual o económica, un refugio que permite momentos mágicos[13]: forma e informa, y en ella interactúan diferentes agentes a diferentes niveles y en diferentes direcciones. Es lugar de encuentro y conversación entre las personas, tiende puentes y abre ventanas.

Es también observatorio cultural desde el que se puede dinamizar la agenda cultural propia y externa, para aunar esfuerzos. En este momento de «intoxicación informacional»[14] el público parece preferir que alguien le invite a un evento, dándole referencias personalizadas y mirándole a los ojos…

La biblioteca Vicente Aleixandre es especializada por los fondos que ofrece y es biblioteca pública al brindar algunos servicios sin restricciones: cualquier persona puede entrar, pasearse entre estanterías y hojear u ojear libros. Es biblioteca escolar[15]. Es imposible identificarla de forma estanca de lo que derivan algunas dificultades. Idear un plan proactivo de animación a la lectura destinado a edades tempranas que serán las futuras generaciones lectoras e investigadoras puede entrar en conflicto con las exigencias de la comunidad investigadora actual…

Esta biblioteca se transforma en esa «biblioteca de barrio» para la comunidad extranjera y para la comunidad local. Así, resulta ser biblioteca intercultural[16] porque los cuatro espacios dispuestos para el trabajo personal son compartidos por personas de diferentes procedencias, edades, recursos, intereses, trayectorias vitales...

En esta biblioteca se forma a las personas: alfabetización social, alfabetización digital, asesoramiento lúdico, asesoramiento investigador, etc. Es decir, la biblioteca forma en materia de ciudadanía y, como lo hace de forma personalizada, propicia la autonomía, afectando al empoderamiento individual. Desde la biblioteca se informa al público; pero este informa a su vez de lo que necesita y de lo que no

[12] Véase: Maurois (1961). «La biblioteca pública y su misión», citado en Carrascosa Jiménez (2011).

[13] De lo que en absoluto se pretende exclusividad. Javier Reverte ha confesado cómo se enamoró en una biblioteca (Reverte, 2010) y David Cantero cuenta que «El sencillo, generoso y honesto funcionamiento de la biblioteca salvó buena parte de mis horas de tedio, proporcionándome conocimiento y entretenimiento a partes iguales» (Cantero, 2010).

[14] Véase: Iglesias Aparicio y Monje Jiménez (2011).

[15] Podemos entenderla como biblioteca escolar multifuncional: de aprendizaje de idiomas; del alumnado de primaria; del alumnado de secundaria; del alumnado universitario. A ella se acude a realizar tareas en grupo que precisan de espacio donde poder hablar y debatir.

[16] Véase: Moriano Morales (2010).

encuentra fuera, o no sabe cómo buscar. Esas necesidades se convierten en oportunidades institucionales económicas y culturales.

La lengua española es pretexto inicial de contacto con la biblioteca, pero permanece como catalizador de demandas. Medir los alcances de ambas, la lengua y la biblioteca, solo en función de lo cuantificable, de los ingresos pecuniarios que generan a corto plazo, aunque vivamos tiempos difíciles[17] puede significar a largo plazo desaprovechar las oportunidades que ofrecen como plataformas culturales y sociales difusas.

7. BIBLIOGRAFÍA

Aguilera Giménez, M. «Mi biblioteca: mi refugio. El servicio emocional de las bibliotecas públicas en tiempos de crisis». *Mi Biblioteca*, año IX, n.º 34 (verano 2013), p. 32-37.

Alonso Arévalo, J. y Cordón García, J. A. «¿Para qué servirá la biblioteca pública en el futuro?». *Mi Biblioteca*, año XI, n.º 40 (invierno 2015), p. 16-28.

Cantero, D. «De pequeño robé un libro en la biblioteca municipal». *Mi Biblioteca*, año VI, n.º 20 (invierno 2010), p. 110-112.

Carrascosa Jiménez, M. «Nuestra profesión bibliotecaria: una misión, un reto y una pasión». *Mi Biblioteca*, año VII, n.º 27 (otoño 2011), p. 34-38.

Díaz de Rada, A. (2011). *El taller del etnógrafo. Materiales y herramientas de investigación en Etnografía*. Madrid: UNED.

García Gómez, F. J. y Díaz Grau, A. «¿Crisis? No, gracias. Recetas bibliotecarias en tiempos difíciles: la experiencia de las bibliotecas municipales de San Javier (Murcia)». *Mi Biblioteca*, año VIII, n.º 28 (invierno 2012), p. 34-42.

González Fernández-Villavicencio, N. «Responsabilidad social (enredada) de las bibliotecas universitarias». *Mi Biblioteca*, año VI, n.º 20 (invierno 2000), p. 60-65.

Iglesias Aparicio, J. y Monje Jiménez, M. T. «Cómo luchar contra la intoxicación en las bibliotecas actuales». *Mi Biblioteca*, año VII, n.º 27 (otoño 2011), p. 60-67.

Moriano Morales, E. «Concepto y práctica de la biblioteca intercultural». *Mi Biblioteca*, año VI, n.º 22 (verano 2010), p. 32-35.

Pérez Ruiz de Valbuena, F. «Biblioteca solidaria en el corazón de África. El Instituto Olvido Ruiz de Valbuena en Burkina Faso». *Mi Biblioteca*, año IX, n.º 34 (verano 2013), p. 16-21.

Ramos, S. «El OSOario: ese gran desconocido». *Mi Biblioteca*, año XI, n.º 40 (invierno 2015), p. 36-39.

Reverte, J. «Tardes de biblioteca». *Mi Biblioteca*, año VI, n.º 20 (invierno 2010), p. 16.

[17] Véase: García Gómez y Díaz Grau (2012).